



Frente a la ventana

I.

- ¿Usted en qué estaba pensando? ¿Acaso no se da cuenta de lo que me está pidiendo?

-Madre, por favor, entiéndame. No sabía a quién más acudir.

-Si solo se hubiera acordado antes de su madre, usted no estaría en ese infierno. Pero, claro, para ese maldito sí tenía oídos. Yo jamás le hubiera permitido hacer una cosa semejante.

- Solamente le estoy pidiendo un préstamo para final de mes, no más.

-Y ¿por qué no se lo pide a su papá? Mh, claro, porque ese no tiene donde caerse muerto. ¿Cómo le hago entender que los hombres lo único que quieren es tenerla a una arrodillada? Y ese petardo de novio que se consiguió la dejó en la calle, muy bonito, ¿ahora yo debo salvar la patria?

II.

A Clemencia aún le digo tía, aunque ya no esté casada y ella me sigue diciendo sobrina, aunque nunca lo haya sido. Fue alguna vez la esposa de mi tío Ismael y si bien ese matrimonio no duró mucho tiempo, de esa unión nació mi prima Camila que es como una hermana para mí.



Una tarde en la que mi tía Clemencia llegó a mi apartamento la sentí muy cerca, con sus ojos me rogaba que la ayudara, estaba muy angustiada. Todavía no entiendo por qué pensó en mí como apoyo a sus problemas. A penas soy una joven que acaba de graduarse de la Universidad, que ni siquiera sé cómo será mi día de mañana y que todo lo siento como una bruma espesa en el remolino de mis ideas. La verdad no hice mucho solo la escuché, me interesó su historia, esta que intento recoger en estas páginas y que algún día espero regalársela como un acto de confianza.

Decidí sacar mi grabadora de periodista sin que ella se diera cuenta y testimoniar todo lo que decía. Fueron horas de grabación, llenas de incoherencias, pero también de un profundo dolor que había sepultado en su interior por más de treinta años. Escuché la grabación con cuidado y me decidí a escribir. Pensé cómo contar una historia tan cotidiana, pero a la vez tan única. Recordaba los consejos de mi profesor del Taller de Escritores, veía su rostro cuando en clase se le plegaba la comisura de los labios al enfatizar sobre la importancia de tener clara la perspectiva del relato. Saber si es narrador omnisciente o participante, focalizado o no; sin embargo, toda la teoría de la pentafonía narrativa se desvaneció cada vez que intenté relatar lo que le sucedió a Clemencia el día en que, sentada frente a la ventana, intuyó que su hijo estaba muerto.

III.



-Camila, la vida es dura y hay que capotearla. Usted se metió en ese lío, ahora, vaya y vea cómo lo soluciona.

-Entiendo, no la molesto más, pensé que... nada, como para los demás sí tiene plata, creí que me podía ayudar, pero no se preocupe, madre, no la voy a volver a molestar.

-¡Ay, a mí no me hable así! Vaya y se lamenta con su padre, ya que son tan unidos y que se quieren tanto y se comprenden y su madre es la mala del paseo, pues vaya y llórele a ver si le soluciona el problema.

IV.

El día en que mi tía apareció en mi puerta. Llegó sin avisar, cansada de dar vueltas por la ciudad buscando soluciones. Primero me pidió disculpas por el atrevimiento, pero luego se descargó en maldiciones contra la vida. Me contó que había discutido fuertemente con mi prima y necesitaba ayuda para resolver el problema. -Ella está muy mal, se enloqueció por un tipo y se endeudó hasta más no poder. Parece que mi hija no ha aprendido nada de su madre, si hubiera sido varón de seguro ya habría encontrado la manera de solucionar todo este lío. Una niña berrinchuda y consentida es lo que es. Perdóname, sobrina, pero vine hasta acá, para pedirte consejo. Yo tengo una plata guardada, te confieso, pero tú entenderás que ha sido conseguida con mucho esfuerzo y mi hija no entiende qué significa trabajar por el sustento y yo no sé si haga bien en dársela. Además, ¿no dicen por ahí que es mejor enseñar a pescar



que darle pescado? pero eso es lo que yo creía que había hecho con ella desde niña, que aprendiera que la vida no es fácil y que Dios le pone a uno pruebas. Y ella debe asumir sus responsabilidades. Pero, pobre mijita, que también... tú sabes cómo es tu tío... eso debe haberla marcado desde niña.

Solo la escuchaba, me confundía. Parecía que hubiera estado guardando en su pecho un caudal de palabras y en ese momento las dejó salir y ya no lograba detenerlas. ...yo no debí irme del lado de tu tío, debí apoyarlo más, ¿pero más? No hay cuerpo que resista tantas traiciones e Ismael me traicionó de muchas formas. Además, él siempre fue un mujeriego, desde que lo conocí. Yo intentaba seguir las ideas que vociferaba, a veces bajaba tanto la voz que llegaba a ser un susurro, pero de repente la subía haciendo énfasis en la porquería de ser humano que se había conseguido como pareja años atrás. Pero cuando yo salí de esa casa con una mano atrás y otra adelante ¿dónde estaba él? bebiendo en una cantina, ahogando el dolor que yo jamás podré ahogar. No sé cómo me enredé de nuevo en sus encantos. Tú sabes cómo una es de mujer, regalada, unos cuantos lo siento, flores y... no me malinterpretes, sobrina, amo a mi hija y no me arrepiento de haberla tenido.

Duró así un buen tiempo hasta que le ofrecí un agua de toronjil y la planta hizo su efecto, ya las palabras no surgían tan desmedidas, logró conectarse conmigo y comenzar una conversación. Le veía las manchas del tiempo en sus manos y las



arrugas que se dibujaban en el contorno de sus ojos, arrugas que narraban muchas noches de lágrimas.

¿Cómo hacer para internarme en la profundidad de la tragedia que vive mi personaje? esa pregunta rondaba la página en la que garabateaba algunas palabras con las que deseaba que Clemencia cobrara vida. Recordé que Piedad Bonnet decía en una entrevista que la literatura era el camino propicio para hacer de la experiencia propia una experiencia de otros, o algo similar. ¿Pero si no es mi experiencia sino la de otra persona la que intento contar? ¿Cómo hacer para darle forma a todo eso que escuché esa tarde en mi apartamento?

Seguimos conversando, a veces lográbamos cambiar de tema, sobre el partido de fútbol de la tarde o -¿Si supiste que Jorge Enrique Abello tuvo bebé? -¿Quién es Jorge Enrique Abello? -Tú sabes, el protagonista de Betty la fea, además se casó con una peladita, le lleva como veinte años. De esa unión nació un varoncito. -Al pronunciar la última palabra quedó muda por unos segundos y finalmente dijo:

-Aún recuerdo el día en que llegué a vivir donde tu abuela.

V.

Cuando mi tía Clemencia visitó por primera vez la casa de la suegra, sintió una decepción que sólo reconocería años más tarde. Frente al gran portón negro (ese que antaño podría haber pertenecido a una construcción de gran envergadura)



imaginaba cómo sería su vida cuando ella perteneciera a esa casa. Con esa construcción imponente, fácilmente podría construir un hogar. Ese portón era una promesa de que apenas ella cruzara la entrada, el mundo se detendría y la vida se resolvería como en su telenovela favorita. Pero al llegar y ver aquellas habitaciones minúsculas, separadas algunas por tablas y otras por cortinas que hacían de puerta, ver cómo los espacios se reducían hasta el punto de solo caber una persona en los corredores, perderse en su estructura laberíntica, la hizo poco a poco apagar sus ilusiones y entrar en un estado de vértigo del que aún no ha podido salir.

Para los que conocimos esa casa, esta daba la impresión de ser un imponente castillo medieval en ruinas, pero en su interior se reducía a ser tan solo una cabreriza de ladrillo. Era una casa rural que fue devorada por la ciudad y que se fue transformando con los años; primero se cambiaron las tejas, luego los muros dejaron de ser totalmente de bareque y se integraron los ladrillos y la pintura; creció desproporcionadamente en altura y terminó siendo el esperpento que es ahora, una mezcla sin forma, una casa provinciana, pobre, que pretende pasar por una construcción de la capital. -Ahí viví solo un año- me contaría treinta años después con la voz temblorosa. -Pero con solo ese año me envejecí veinte.

Mis tíos, Clemencia e Ismael, entraron cogidos de la mano, listos para enfrentar lo que fuera.



-Madre, le presento a mi mujer- dijo él con entusiasmo.

-Mucho gusto hija, qué bueno tenerla por aquí.

-El gusto es mío, señora- respondió Clemencia con emoción, aquella que le proporcionaban sus años de juventud y la esperanza de una vida latente.

Mi tía estaba nerviosa como nunca antes había estado, era una mezcla de nerviosismo y expectativa. Quería saber dónde quedaría su cuarto, ya había imaginado cómo lo decoraría, qué pondría en su mesa de noche y con qué color pintaría las paredes. Se imaginó toda su vida, ser esposa, una ama de casa intachable, sirviendo la comida a su marido que llegaría del trabajo y la llenaría de besos de puro agradecimiento, tres hijos que serían su orgullo, nada de qué preocuparse; amiga de sus suegros, querida por los hermanos de su esposo y una vejez tranquila y acompañada. Pero en ese primer recorrido que hacía de la casa, sentía con cada paso que esa imagen rosa y azucarada, perfecta para un mal comercial de detergentes, se borraba y le dejaba una estela gris, sin forma.

Mis tíos se instalaron en una pieza del primer piso que quedaba junto al comedor y la cocina. No tenían muchas pertenencias, solo una cama semidoble y una mesita de noche, la poca ropa que cargaban en esas maletas se distribuyó en un armario improvisado que hicieron con unas tablas y unos palos viejos de escoba. Aunque la habitación era pequeña y no tenía puerta, a mi tía Clemencia le llenó el



vientre de calor estar ahí y, aunque sabía que iba a ser difícil adaptarse, en ese instante fue feliz. Pero el grito de una de las hermanas de Ismael, la sacó violentamente de la ensoñación. –Bueno, a quién le toca lavar la losa hoy, porque yo no voy a ser la sirvienta de esta casa, que se muevan pues los responsables. No hubo respuesta. Clemencia se quedó en silencio, esperando a que alguien apareciera para arreglar la cocina. Pero no llegó nadie.

No soportaba ver arrumado los platos del desayuno junto a los del almuerzo y ya casi iba a ser hora de la cena, por lo que si no se lavaban de seguro sacarían más vajilla o comerían en las ollas. Mi tía Clemencia no aguantó y se puso a lavar la losa de todos los que vivían en esa casa. Con la llegada de ellos dos ya eran nueve los que habitaban en ese lugar. Cada vez que veía cómo uno a uno, incluido su marido y su suegra, descargaba su suciedad en el lavaplatos o en el baño o en los corredores, una alarma interna se prendía y ella salía con su escoba, con los guantes y los productos de aseo. La suegra estaba muy feliz con la nuera, tan limpia, tan cuidada, pero mi tía en cada lavada, en cada recogedor dejaba pedazos de sí misma tirados por ahí, invisibles, sin reclamarlos más tarde. Además, en su boca empezaba a surgir un sabor amargo, que se intensificará con los años, debido a las palabras que morían en su garganta por no ser dichas. -Yo no quería tener problemas, era la nueva, la extranjera, qué me iba a poner de remilgosa. Además, yo no trabajaba y no hacía más que estar en la casa, lo menos que podía hacer era ayudar con el aseo. Lo único



que me preocupaba era mi hijo. ¿Te conté que estaba embarazada cuando conocí a tu abuela? Sí, tenía apenas un mes de concebido.

VI.

Ya llevábamos tres tazas de té servidas y el tono de voz de mi tía se hacía más amargo con unos tintes de añoranza. –Ese bebé era mi esperanza, en este momento sería el hermano mayor de Camila, sería su soporte, pero la vida es así. – ¿Qué le pasó, tía? –¿Te conté que, con tu tío y tu abuela, habíamos pensado llamarlo Francisco? por Francisco de Asís o como ahora por el Papa Francisco que es tan bello.

Sé que era una historia difícil de contar para mi tía porque revelaba una cantidad de desaciertos, de injusticias y, sobre todo, de desamores. Ahora esta historia se traduce en palabras escritas, ya no son más orales que vienen acompañada de gestos, de la tonalidad de la voz ni de las lágrimas que empezaban a recorrer el rostro de mi tía Clemencia cuando me contó sobre esa mañana en la que supo que su hijo no nacería vivo.

VII.

Esa mañana, después de no dormir por esperar despierta a Ismael, mi tía se sentó a mirar por la ventana. No lloraba, ni se lamentaba, pero se dibujaba en su rostro una amargura que se aumentaría con los años, pero que en ese momento apareció en la comisura de sus labios y en el entrecejo.



-Mija, ¿le pasa algo?- le preguntó la suegra que la observaba desde la cocina. -Venga se toma un cafecito. No se preocupe que Ismael está bien. Además eso le puede hacer mal al niño.

-Señora María, no he sentido a mi hijo desde anoche.

-La preocupación no la ha dejado, tranquila. Descanse y verá cómo Pachito más tarde se pone de brincón, así como la tuvo la semana pasada que no podía usted ni moverse.

Para mi tía ese momento fue definitivo. Una sombra negra oscureció la mañana. Ella estaba segura que el niño que cargaba en su vientre y que, para ese momento debía tener ocho meses de gestación, ya estaba cruzando la luz de este mundo. Esa calidez que alguna vez sintió ya no estaba y solo comenzó a sentir un frío vacío que le carcomía los huesos.

-Nada que llega Ismael, doña María. Sé que está con esa vagabunda de la Esther, la de la taberna del centro.

-Mija, usted sabe cómo son los hombres y sus necesidades. Tiene que aprender a resignarse.

-Doña María, voy a ir al centro de salud. No me siento bien.



Mi tía se dirigió sola a la clínica más cercana y ahí, después de todos los exámenes de rigor, le dijeron que su hijo había tenido un problema cardiaco. –Ismael nos quebró el corazón a los dos.-dijo, mirando al vacío.

VIII.

-Ismael, ¿Dónde estuvo anoche?- le preguntó doña María a su hijo, apenas cruzó la puerta tambaleándose y con una cerveza en la mano.

-Aysh, maaaaadreeee, no moleszte ahora, sholo quiero doooormir.

-Clemencia se tuvo que ir a la clínica esta mañana temprano y no se ha sabido nada de ella. ¿Acaso a usted no le importa su hijo?

-¡Maldiiiiitaaa seaaa! Eshas son ganas de freggaaar, esho no debesernada. Esh toa alllarmiishta. Noscontarámástarde.

- Ismael, váyase al cuarto, no lo quiero ver.

IX.

En un momento de silencio mi tía se puso de pie, se retiró de la mesa y se posó frente a la ventana. Me quedé observándola. No presioné para que terminara su historia, solo dejé que se internara en sus recuerdos. Fui paciente. Se quedó así por unos minutos, hasta que dijo:- Hay una frase que aún escucho cuando no puedo dormir, *no hay latido*. Eso fue lo primero que me dijo el doctor al examinarme esa mañana.



No hay latido. Creeme, sobrina, que al escuchar esas palabras sentí que se me paraba el corazón. Esa misma tarde parí sola a mi hijo muerto.

Mi tío Ismael, después de dormir unas horas la borrachera y después de que la conciencia lo atormentara, salió a buscar a mi tía a la clínica. Ella estaba en labor de parto. Solo la pudo visitar al día siguiente, en donde encontró a una mujer que se había convertido en un recipiente vacío. -No podía ver a tu tío a los ojos, era algo que no podía controlar.

Había pasado la tarde y la noche ya estaba avanzada, sin embargo, mi tía seguía con los ojos fijos frente a la ventana. Desde ahí me seguía contando su historia, no obstante la interrumpió de repente, -Sobrina, ¿me prestas el teléfono, por favor? -Marcó un número y dijo:

-Camila, hija, no se preocupe, vamos a salir de esto juntas.

X.

Dejo por un momento de escribir y me pongo frente a la ventana. Recreo en mi memoria esa tarde de conversación con mi tía y siento que no hay palabras para expresar el hecho de tener que dar a luz a la misma muerte. Solo he narrado una de tantas historias que existen afuera. Desde esta ventana observo cómo cae la lluvia y cómo los transeúntes corren a refugiarse.

Escrito por: Natalia Montejo Vélez